

TEMPOS CONSERVADORES

estudos críticos sobre as direitas

VOLUME 2: DIREITAS NO CONESUL



Organizadores:

Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves | Marcos Vinicius Ribeiro | Guilherme Ignácio Franco de Andrade

TEMPOS CONSERVADORES

estudos críticos sobre as direitas

VOLUME 2: DIREITAS NO CONE SUL

Organização

Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves
Marcos Vinicius Ribeiro
Guilherme Ignácio Franco de Andrade



Goiânia, 2018

Copyright © 2018 Edições Gárgula

A marca — **Edições Gárgula** — está organizada como selo editorial do Núcleo de Estudos e Pesquisas em História Contemporânea da Faculdade de História da Universidade Federal de Goiás (NEPHC/FH/UFG) e do Grupo de Pesquisa Capitalismo e História: Instituições, Cultura e Classes Sociais (UFG/CNPq). Seu propósito editorial é o de publicar a produção intelectual dos professores e pesquisadores que compõem o NEPHC e o GP Capitalismo e História, além de outros autores convidados pelos editores. Trata-se de um selo editorial de autores associados e sem fins lucrativos.

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)

Tempos conservadores: estudos críticos sobre as direitas. Volume 2: Direitas no Cone Sul / Organização: Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves, Marcos Vinicius Ribeiro e Guilherme Ignácio Franco de Andrade. Goiânia: Edições Gárgula, 2018. 260 p.

ISBN: 978-85-400-2563-9

1. História. 2. História do Brasil. 3. Ciência Política. 4. Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves. 5. Marcos Vinicius Ribeiro. 6. Guilherme Ignácio Franco de Andrade.

Editores

Prof. Dr. David Maciel (FH/UFG)

Prof. Dr. João Alberto da Costa Pinto (FH/UFG)

Conselho Editorial

Atanásio Mykonios (UFVJM)

Carla Luciana (Unioeste)

Cláudio Maia (UFG/Catalão)

Dilma de Paula Andrade (UFU)

Eurelino Coelho (UEFS)

Fábio Maza (UFS)

Gilberto Calil (Unioeste)

Gilson Dantas (NEPHC)

Lucia Bruno (USP)

Marcos Del Roio (Unesp/Marília)

Maria Letícia Corrêa (UERJ)

Maurício Sardá de Faria (UFPB)

Paulo Vergílio Marques Dias (GPEL/USP)

Ricardo Müller (UFSC)

Walmir Barbosa (IFG/Goiânia)

Organização

Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves

Marcos Vinicius Ribeiro

Guilherme Ignácio Franco de Andrade

Editoração eletrônica

Carol Piva

Revisão

Ana Carolina Neves

Capa

Baseada na litografia *The Bosses of the Senate* (1889), de Joseph Keppler.

Sumário

Nota dos organizadores	5
Prefácio	7
<i>Pedro Leão da Costa Neto</i>	
Homenagem Em memória de Lucas Patschiki (1983-2017) e Alexandre Blankl Batista (1980-2018)	15
Sobre Lucão, <i>David Maciel</i>	
Lucas, um grande!, <i>Carla Luciana Silva</i>	
Nota sobre Lucas Patschiki (1983-2017), <i>Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves</i>	
<i>In memoriam</i> de Alexandre Blankl Batista: ou sobre como viver e fazer as coisas de forma benfeita e caprichada, <i>Marcio Antônio Both da Silva</i>	
Vínculos locais e conexões transnacionais dos anticomunistas na Argentina e no Uruguai (1958-1973)	48
<i>Ernesto Bohoslavsky e Magdalena Broquetas</i>	
Partido de Representação Popular: estrutura interna e inserção eleitoral (1945-1965)	71
<i>Gilberto Calil</i>	
Modernização conservadora, concentração fundiária e êxodo rural: contradições de uma microrregião no Oeste do Paraná	106
<i>Marcos Alexandre Smaniotto</i>	
Golpe de Estado e luta de classes no Paraguai recente: a deposição de Fernando Lugo (2012)	140
<i>Marcos Vinicius Ribeiro</i>	
Em defesa da nação, da pátria e da família: uma análise sobre o Prona na Câmara dos Deputados (2000-2006)	160
<i>Odilon Caldeira Neto</i>	
Argumentos y anhelos golpistas en los intelectuales de derechas en la Argentina del siglo XX. Una mirada de largo plazo	186
<i>Olga Echeverría</i>	
Miguel Reale e o pensamento autocrático	214
<i>Rodrigo Jurucê Mattos Gonçalves</i>	
Um beijo autoritário através do Atlântico: os diálogos entre a intelligentsia brasileira e portuguesa na Revista Brasília (1942-1944)	234
<i>Marcello Felisberto Moraes de Assunção</i>	

Argumentos y anhelos golpistas en los intelectuales de derechas en la Argentina del siglo XX. Una mirada de largo plazo

Olga Echeverría¹

Introducción

En las páginas que siguen buscamos exponer los principales argumentos que los intelectuales de derechas esgrimieron para justificar y otorgar legitimidad a los recurrentes golpes de Estado que se produjeron en la Argentina del siglo XX. Haremos especial hincapié en los pronunciamientos de las derechas radicalizadas y de tendencia católica a través de sus propios medios de prensa, aunque debemos señalar que dichos argumentos fueron, muchas veces, compartidos por sectores políticos e ideológicos más amplios e incluso por la prensa masiva. Y, si bien no se ignorarán referencias a los otros golpes cívico-militares producidos a lo largo del siglo, por razones de espacio, nos centraremos en el análisis comparativo del primer golpe de Estado, es decir el que se inicia en septiembre de 1930 y el último, perpetrado el 24 de marzo de 1976, ya que entendemos que el cotejo de dos experiencias tan distanciadas en el tiempo permite ver la persistencia de premisas tanto como las innovaciones y al mismo tiempo invita a reflexionar sobre el escaso arraigo de las premisas democráticas en el entramado social de la Argentina,

¹ IGEHCS/IEHS-UNCPBA y Conicet.

especialmente en las clases medias y altas, que han acompañado y sostenido, muchas veces eufóricamente, los golpes de Estado y los regímenes antipopulares de ellos derivados.

Antecedentes

En 1880, Julio Argentino Roca asumió la presidencia de la Argentina bajo el lema "paz y administración" y logró alcanzar uno de sus principales objetivos al asegurar cierta estabilidad interna que ponía fin a la anarquía y conflictos previos, pero renunciaba a desarrollar juegos electorales libres y transparentes. El Partido Autonomista Nacional, articulado en torno poder de los gobernadores, dominó el escenario político durante 36 años, a través del control del sistema electoral bajo el influencia de políticos conservadores o reformistas, integrantes de una elite a la que se llamó "la generación del 80". Con el ingreso de la Argentina al mercado capitalista internacional y sus lógicas, se produjeron importantes transformaciones sociales, demográficas y económicas. La población creció de dos a casi ocho millones, nutrida por la gran ola de inmigración europea que llegó al país. La república que se construía era escasamente republicana (HERRERO, 2011), con un poder ejecutivo fuerte y centralizado que dejaba poco margen de maniobra a los partidos de oposición y a las demandas provinciales (BOTANA, 1994), el liberalismo argentino realmente existente fue mucho más conservador que lo que se sostenía discursivamente. Con las transformaciones económicas y sociales también crecieron las demandas y acciones políticas de las clases subalternas. Para 1910, año de festejos por el centenario de la Revolución de Mayo, la crisis del sistema político era inocultable, tanto como la distancia entre los discursos y las prácticas de gobierno. En ese contexto, algunos hombres de las elites, alarmados, sostuvieron que las "minorías espirituales superiores" debían dirigir moral y políticamente a la nación, en tanto otros, los llamados liberales reformistas, coincidían en la necesidad de reformar el sistema electoral, que era formalmente democrático pero notablemente excluyente en su práctica. Es decir, aunque fuese indirectamente, reconocían la ilegitimidad e impugnaciones que sufría el Régimen y pusieron en marcha el proceso reformista

que culminó en 1912 con la sanción de una nueva ley electoral, denominada ley Saénz Peña. El reformismo liberal buscaba, un reordenamiento preventivo que le permitiera ganar legitimidad y, al mismo tiempo, conservar el poder. Para ello era necesario que la nueva ley electoral (basada en el voto secreto, obligatorio y universal masculino) fuera acompañada por la creación de un partido, orgánico y programático que superara la dispersión de las fuerzas conservadoras y fuera capaz de convocar el voto de las mayorías.

No obstante, la participación política de las masas generaba profundos temores y escudándose en el concepto nación comenzaron a delinear un proyecto homogeneizador, elitista y anti mayoritario, que reinventaba, con nostalgia, el orden y la disciplina de antaño y se oponía a un presente que consideraban desmoralizado e irrespetuoso del orden y el estatus social, político y económico (ECHEVERRÍA, 2013, pp. 49-50). Así, apoderándose del término Patria y de sus símbolos, las élites se fueron reconvirtiendo, en contraposición a los inmigrantes y las clases subalternas nativas y comenzaron a presentarse bajo la denominación de “clase patricia” (TORRE, 2010), para buscar reaseguros del poder y comenzar a darle forma a un nacionalismo cultural, con el que pretendían fijar una supuesta identidad argentina auténtica que se expresaba a través de una conjunción de clasismo, xenofobia, nacionalismo, postulados conspirativos y pretendida aristocracia (DEVOTO, 2002). Sin embargo, el proyecto reformista fue fallido y en las elecciones de 1916, el representante de la Unión Cívica Radical, un partido de origen moderno, con vocación mayoritaria, ajeno a la estructura y a los recursos estatales, se alzó con la presidencia. Fue entonces cuando el nacionalismo fue tomando una dimensión política que se iría consolidando a través del tiempo y se expresaría con claridad en el primer golpe de Estado cívico militar de la historia contemporánea argentina y se mantendría vigente, con diferencias coyunturales, a lo largo del siglo (LVOVICH, 2003; BOHOSLAVSKY, 2008; MC GEE DEUTSCH, 1993 y 1999; BUCHRUCKER, 1987).

1930. El inicio de un ciclo

Desde que Yrigoyen asumió la presidencia, en 1916, las elites habían mostrado una creciente incomodidad con la presencia plebeya en los espacios públicos y en la propia casa de gobierno. Sus intelectuales repetían sistemáticamente que los reclamos políticos y sociales eran una amenaza al orden social establecido y que el presidente radical, lejos de ponerles un límite, los alentaba con su demagogia. A la democracia de voto universal masculino se sumaban otros procesos argentinos e internacionales, como las grandes huelgas de 1919 y 1921 acaecidas en el país o la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana. Todos esos procesos fueron analizados y presentados como parte de una misma lógica y como una expresión evidente de los peligros de un orden trastocado que exigía la constitución de un campo antidemocrático dispuesto a actuar con severidad para volver las cosas a su lugar.

Así se fue conformando un espacio heterogéneo y escasamente definido, que daba un salto desde las posturas culturalistas hacia la política y recuperaba argumentos de los primeros nominadores de los males de la Argentina (KOZEL, 2008), es decir de aquellos que comenzaron a instalar la idea del fracaso argentino en los imaginarios sociales y políticos del país, al tiempo que sumaba nuevas perspectivas y propuestas marcadas, en buena medida, por el clima de la época. Por tal razón, los intelectuales, un grupo de ellos, que paulatinamente se iban definiendo a favor del antidemocratismo, jugarían un papel destacado, sobre todo a partir de sus esfuerzos por sistematizar la crítica al gobierno radical y por sus argumentos a favor de la necesidad de reorganizar al país y devolverlo a su destino de grandeza (ECHEVERRÍA, 2009, pp. 13-28).

La llegada de Yrigoyen a su segunda presidencia, en 1928, luego de un período presidencial en manos del ala conservadora de la UCR, desató un desasosiego y un sentido de frustración inocultable que se transformó en una experiencia insostenible para muchos de los escritores de derecha que no sólo veían malograrse sus anhelos de poder sino también que se sentían inquietos por el arribo de advenedizos al selecto universo de los pensantes. En este sentido, hay que

recordar que en 1918 se había producido la Reforma Universitaria que rompía con los tradicionales criterios elitistas de la educación superior y en algún grado abría las aulas universitarias a sectores “plebeyos”. Por ello, sintiendo amenazados todos sus ámbitos naturales, incluso desde antes que la toma de posesión del cargo se hubiese efectivizado, la conspiración para destituir a Yrigoyen ya se había puesto en marcha. Y en ella, los intelectuales pretendieron constituirse en la los intelectuales pretendieron constituirse en la los intelectuales pretendieron constituirse en la *intelligentsia* del nuevo orden que, indiscutiblemente, les reconocería su superioridad y capacidad directiva. Sin embargo, llegado el momento de la acción misma, el movimiento fue esencialmente militar, aunque avalado e impulsado por un amplio espectro conformado por liberales conservadores y nacionalistas que se consideraban desplazados del poder por la democracia. Los escritores de derechas resultaron, como mucho, acompañantes secundarios tanto del golpe de Estado como del gobierno provisional emergente y comenzó a producirse la fractura entre la derecha liberal-conservadora y las extremas derechas (nacionalistas, tradicionalistas, hispanocatólicas y antisemitas).

Lo indiscutible es que para llegar a la ruptura del orden constitucional, que resquebrajó las bases de legitimidad a las que habían apelado sistemáticamente los hombres del orden conservador, tienen que haber sido muchas las molestias, incertidumbres y descontentos que les provocaba la democracia mayoritaria y la participación de los sectores populares y medios. Lo cierto es que las razones de política económica — pocas veces explicitadas —, de formas ocupación del Estado y de republicanismo discursivo creciente, se articularon con nociones culturales que, aun con resignificaciones y cambios, han tenido un larga vida la historia del país y en los paradigmas intelectuales, pero que también han influenciado proyectos y prácticas políticas y se han instalado en los imaginarios políticos y sociales de diferentes grupos sociales, políticos e ideológicos que propiciaron o avalaron los golpes de Estado. Dichas premisas señalaban a la Argentina como víctima de un destino de grandeza malogrado por la demagogia y la corrupción de los dirigentes de la democracia tanto como por un infecto intervencionismo estatal y una malsana participación popular. Surgía así, la idea del fracaso argentino que ha trabajado

Andrés Kozel, y que se empieza a forjar, aun con anticipaciones fuertes, hacia los años 1929 y 1930 como resultado de las crisis política y económica. Se trata, obviamente, de una respuesta de ciertos sectores de la sociedad a otra percepción cultural previa que se asentaba sobre la presunción de que al país le correspondía un lugar de privilegio a partir de su incorporación al modelo civilizatorio y que hacía hincapié en una supuesta excepcionalidad argentina en el contexto latinoamericano. La "ilusión argentina" habría germinado en el tramo central del siglo XIX, y se habría vuelto hegemónica a medida que se consolidaba el paradigma liberal -conservador, para comenzar a declinar en las primeras décadas del siglo XX y dar paso al tópico del fracaso argentino hacia fines de la década del veinte y principios de los años treinta. Una noción que se extendería y achacaría a la participación política de los sectores populares los supuestos males de la Argentina contemporánea.

Así, por ejemplo, Carlos Ibarguren, un intelectual a quien le gustaba definirse como patricio, ante el fracaso del proyecto de modificación y legitimación política basada en una necesaria unificación conservadora que había acompañado e impulsado, fue paulatinamente descreyendo de los beneficios de la reforma electoral de voto universal masculino y obligatorio y rechazando la forma en que Yrigoyen y su entorno, ocuparon los cargos y los espacios de poder, "dominando en el mando", disponiendo absolutamente de todos los órganos políticos, y dando "participación a las masas de la clase media que lo acompañaban con la más vehemente de las adhesiones, desplazando de toda acción en la vida del Estado [...] al sector social exponente de alta cultura que ejercía positiva influencia en las esferas públicas" (1955, pp. 422-23). La democracia había implicado una degradación que se evidenciaba en los pasillos de la propia casa de gobierno, y en la antesala del despacho presidencial, donde las diferencias sociales y culturales no operaban como una barrera de diferenciación y separación entre las clases, generando un ambiente "pintoresco y bullicioso" repleto de personas inferiores, en su mayoría mal trajeadas, inmoderadas en sus gestos y palabras. A medida que pasaba el tiempo Ibarguren profundizó la idea de reformar el sistema electoral pues, decía, sólo basado en el criterio simplista del gobierno popular, sostenido por el número de votos

se caía, como de hecho había sucedido con Yrigoyen, en un gobierno que exaltaba “la inferioridad y la ignorancia” (*La Nación*, 29 de marzo de 1922).

Por su parte, un grupo de jóvenes de tendencia maurrasiana se unieron para colaborar con la campaña antidemocrática y destituyente, en 1927, ante la inminencia de una segunda presidencia de Yrigoyen, comenzaron a publicar *La Nueva República*, un órgano de prensa que cuestionaba la democracia y alentaba la reorganización nacional desterrando el voto universal. Al decir de Ernesto Palacio, uno de los integrantes de este colectivo nacionalista, como habían señalado Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Bossuet, de Maistre, Bonald, Rivarol, Kant, Pareto, Renan, Comte, Maurras, Donoso Cortés y otras personas igualmente renombradas, el sufragio universal era un privilegio concedido a la incompetencia y la irresponsabilidad del número, de las bajas pasiones, de los intereses personales o partidarios, contra la competencia, la responsabilidad, el valor técnico y el culto del bien común de la Nación (Palacio, *La Fronda*, 16.12.1929).²

Las manifestaciones políticas y culturales de *La Nueva República (LNR)* respondían a lo que percibían como una amenaza del “país real” que comenzaba a penetrar en el reducto del país legal y político. Cuestionaban los excesos secularizadores y la abusiva tolerancia hacia las ideologías “desintegradoras”, reclamando volver media página de la historia atrás y construir una República aristocrática, camino que había sido desviado por la democracia yrigoyenista, un sistema de revancha y rencor, indigno e imperfecto, contrario a la moral cristiana, que no reconocía la superioridad de la posición y la cultura. Apelaban a una identidad republicana en tanto antipopular y sostenían que la democracia no estaba inscripta ni en la historia ni en la constitución argentina (Irazusta, R, *LNR*, abril de 1928: 1). Por el contrario, señalaban, las diferencias establecidas por la naturaleza en el organismo social, implicaba respeto por las superioridades de la posición y de la cultura (Irazusta, R., *LNR*, marzo de 1928, p. 1). A su vez, insistían en que ese desconocimiento de las jerarquías llevaba a la más torpe y peligrosas de las

² PALACIO, Ernesto. Carta abierta al Dr. Augusto Rodríguez Larreta apud TATO (2009).

demagogias, como la que encarnaba Yrigoyen (Palacio, *LNR*, diciembre de 1927, p. 2) y que se sostenía en el absurdo de identificar la verdad y la justicia con el número de sufragios y a desconocer llanamente la existencia del derecho natural para ensalzar una confusión delirante (Pico, *LNR*, diciembre de 1927, p.1). Así, frente a la democracia, práctica “demagógica y disolvente” los jóvenes neorepublicanos se presentaban como portadores de una verdad irrefutable y que sostenía que sólo el orden, la autoridad y la jerarquía engrandecían a las naciones (Palacio, *LNR*, mayo de 1928, p.1)

Por su parte, los sectores católicos también crearon una publicación que estimularía las críticas a la democracia y alentaría el golpe de Estado. Así, en 1928 surgió la Revista *Criterio* que, junto al accionar individual de algunos intelectuales católicos, se encargaría de señalar los defectos del régimen democrático y las virtudes de una nación católica organizada sobre premisas más trascendentes y sostenedoras del orden. Así, por ejemplo, sostenían que la democracia había llevado a una desmoralización creciente de las costumbres (*Criterio*, 12, 1928, p. 359) explotando la credulidad de los obreros y la petulancia infantil de los jóvenes universitarios (*Criterio* 14, 1928, p. 432).

Si bien, estos católicos se recostaban en la Encíclica *Rerum Novarum* y señalaban que había capitalistas desalmados, no dudaban en sostener que había que actuar en “defensa de la vida y de la propiedad privada” (R.P: Grote, *Criterio* 114, 1930, p. 628). La democracia, hija de la revolución, cometía el absurdo de afirmar dos soberanías simultáneas: la del gobernante y la del pueblo y por lo tanto, habilitaba a que el pueblo cuestionara el principio de autoridad e incluso juzgara a sus mandatarios (Casares, *Criterio* 15, 1928, p. 461), Por ello, se imponía llevar adelante una reacción patriótica que alentase la esperanza de un país decepcionado (*Criterio* 15, 1928, p. 464).

Como puede advertirse, la democracia era un sistema desestructurante, anti natural y pernicioso en sí mismo, pero además alimentaba la demagogia que operaba sobre un pueblo que no sabía que lo beneficiaba y era fácilmente engañado. Así, con un manifiesto desdén sobre las particularidades y experiencias culturales y políticas de los grupos subalternos, se conformaron como un “nosotros” distinguido por la

dimensión de un pensamiento superior, por una dignidad y honor específicamente delimitado y por la delicadeza y refinamiento de sus actos y apreciaciones. Frente a esa minoría selecta y elegante, aparecía un “ellos” que involucraba a los sectores populares, y en algunos casos a los “diferentes” (mujeres, inmigrantes, especialmente los judíos (LVOVICH, 2003), los pobres provenientes de los países de la Europa mediterránea, los comunistas) que sólo podían ser estigmatizados por sus comportamientos vulgares, por ser portadores de una estética errónea y por encarnar valores y prácticas alejadas del buen gusto, del decoro y la decencia. Sostenían que insolencia hacia las jerarquías sociales era una degradación moral y cultural que afectaba a toda la vida social y política del país. Como hemos sostenido, los discursos de los intelectuales derechistas contra las mayorías sociales se radicalizaron desde el momento en que esos actores sociales, considerados inferiores, fueron alcanzando también un rol político y decidieron al ocupante del sillón presidencial. La plebe, como gustaban denominar a los sectores populares y medios, evidenciaba una profunda e innata discapacidad para reconocer, deleitarse y aprovechar los atributos del pensamiento y de la cultura “verdadera” y esa ignorancia constituía la evidencia irrefutable de la incapacidad de los vulgares para comprender y proyectar su propio futuro y mucho menos el de toda la nación. Engañados por la demagogia de inescrupulosos líderes populares, susceptible de ser manipulados por la “prensa populachera” y los “literatos inmorales” (MED, *Criterio* 2, 1928, p. 49), arrastraban a todo el país al barro de sus miserias. Así como había un “país” de poseedores del gusto “legítimo”, existía otro “país”, como decía Julio Irazusta, “guarango y plebeyo” (Irazusta, *LNR*, junio de 1928, p. 2), que no conocía el “arte de vivir” y se manifestaba a través de actitudes deshonorosas e insultantes que, por su sola existencia, implicaban una provocación al orden, pero que además tenían el atrevimiento de tratar de fundar nuevos cánones estéticos que contradecían la verdadera belleza ensalzando formas repulsivas (Reyes, *Criterio* 15, 1928, p. 469).

Ese desprecio sostuvo el golpe de Estado de 1930 y dio apoyo al régimen ilegítimo que lo sucedió, avalando, incluso, la virtud del fraude al que se señalaba como patriótico, ya que evitaba que los populistas recuperaran el poder político. Sin embargo, en ese mismo proceso se produjo el quiebre entre los sectores de la

extrema derecha, habitualmente llamados nacionalistas, y la derecha liberal-conservadora que buscaba presentarse como más moderada y respetuosa de la constitución y la institucionalidad, aun cuando impulsaba golpes antidemocráticos. No obstante que esa fractura era explícita y los “nacionalistas” no ahorraron críticas a los “regiminosos” y antipatrióticos liberales conservadores, en los sucesivos golpes de Estado concurrirían unidos, aun con disidencias, en contra de la democracia y los movimientos populares y de izquierda.

El peronismo como enemigo polivalente

Y ambos grupos mantendrían ese hondo menosprecio hacia los sectores populares, que lejos de atenuarse con el transcurso del tiempo, se profundizaría con la llegada del peronismo al poder y se convertiría en un complejo argumento político que movilizaría a las extremas derechas, a la derecha liberal y a amplios sectores sociales, culturales e intelectuales que encontrarían en el antiperonismo el elemento de cohesión que no habían hallado por vías políticas más convencionales.³ Dicho antiperonismo se nutre de dos postulados. Por un lado, la asociación del peronismo con el fascismo y el totalitarismo señalando como pruebas el juicio político a la corte suprema, la reforma de la constitución y la difícil relación con los medios de prensa y buena parte del campo intelectual (NALLIM, 2014). Curiosamente, el decidido anticomunismo de Perón no aparece como argumento fuerte en el antiperonismo ilustrado. El segundo postulado identitario del antiperonismo hunde sus raíces en el desprecio hacia lo popular que había nacido, como hemos escrito, conjuntamente con la democracia de voto universal masculino y obligatorio y que se había visto

³ El inicio del ciclo peronista puede datarse en el golpe de Estado de 1943. Un golpe que presenta particularidades como son su casi exclusivo componente militar, la conflictividad interna de los propios hombres de armas y tampoco puede desconocerse que actuó contra un gobierno marcado por la ilegitimidad del fraude que había depositado el destino de las futuras elecciones en la figura de un empresario conservador, Robustiano Patrón Costas.. No obstante ello, y sin excluir tensiones, claramente el gobierno militar emergente en 1943 puede calificarse como de derecha, nacionalista y católico pero con una perspectiva positiva de lo popular (CATTARUZA, 2009, pp. 181-189). También puede verse Potash (1986).

impulsado por la política obrerista de perón y la politización de los trabajadores que emergieron como sujetos políticos y actores colectivos.

Como señala Flavia Fiorucci, durante el peronismo florecieron las publicaciones y espacios intelectuales opositores, que manifestaban su crítica como una defensa del espíritu frente a un régimen que caracterizaban como una afrenta los valores de la civilización y la cultura. La guerra “político ideológica” devino en una guerra en defensa del “espíritu”, claro que en ésta no faltaban las connotaciones de naturaleza política. (2001, p. 25). El antiperonismo en el mundo intelectual fue tan fuerte que, en buena medida, se borraron diferencias.

Según señala Morresi, quienes conformaron (con sus actos de habla) a mediados del siglo XX el campo de la derecha en la Argentina, el concepto que ocupó el lugar de exterior constitutivo, o mito fundante, fue el *populismo*, entendido como un movimiento igualador o nivelador que ponía en peligro o directamente subvertía al orden (sea natural, económico, moral, social o político). Así, el populismo, fue el factor aglutinante que les permitió a los liberal-conservadores alcanzar la hegemonía en el campo de la derecha. El mismo autor, advierte que esto no quiere decir que no hubiera otros sectores de derecha. Allí estaba el “nacionalismo de derecha” o la “derecha nacionalista”, que sin embargo, debieron resignarse a espacios menos destacados y subordinarse al liberalismo-conservador que lideró el campo en el período posterior a 1955 (2011, p. 12) como ya había sucedido tras el golpe de 1930.

Esa derecha radicalizada no desapareció e incluso mantuvo gran cantidad de publicaciones donde hacían gala de su antisemitismo, anticomunismo y otras posturas extremas que no superaban el carácter de declamación testimonial. En la práctica y no sin disidencias, quedaron sometidos a los civiles y militares que se adscribían a las tradiciones del liberalismo conservador. Tampoco puede dejarse de mencionar que el propio peronismo había abierto grietas dentro la derecha de proyección nacionalista, ya que algunas de sus figuras referenciales, como Palacio,⁴ se habían sumado a la esperanza de un gobierno nacionalista, mientras otros

⁴ Ernesto Palacio, proveniente de La Nueva República, fue parte del equipo interventor en la provincia de San Juan.

permanecían expectantes o bien expresaban su rechazo por considerarlo un nacionalismo desviado, más discursivo que real y una tiranía censurable, como fue el caso de Julio Irazusta (IRAZUSTA, 1956).

De acuerdo a Estela Spinelli, el antiperonismo no fue homogéneo en la sociedad, ni en los partidos, ni en el gobierno que llegó al poder por el golpe de Estado. A ese amplio espectro lo unió un acuerdo inicial de intolerancia hacia el gobierno peronista que había perseguido a la oposición, atacado los intereses y valores culturales de las clases más establecidas, cultivado un estilo transgresor que fue visto como reñido con la moral, la austeridad republicana y la respetabilidad digna de la clase política. A ello se sumó el rechazo al modelo político-social igualitarista del peronismo y particularmente a Juan Domingo Perón fue unánime entre los sectores que adhirieron a la “Revolución Libertadora”. Este acuerdo constituyó el carácter distintivo del antiperonismo, su definición por el opuesto y su negativa a reconocerle legitimidad política alguna. Sin embargo, esto no excluyó que dentro del antiperonismo se construyeran, por lo menos, dos interpretaciones distintas sobre lo que el peronismo había significado en el desarrollo político de la Argentina. Hubo un antiperonismo tolerante con el “vencido” que vio en el peronismo un proyecto de cambio económico y social malogrado por el fuerte personalismo de Perón y que denunció la obsecuencia, corrupción e ineficiencia de su personal político. Pero también hubo un antiperonismo radicalizado que demonizó al peronismo en su totalidad, fue el que sus críticos contemporáneos, peronistas y antiperonistas, denominaron “revanchista”. Este centró su visión y su crítica en las prácticas políticas asociadas con los regímenes nazi-fascistas y desdeñó las transformaciones sociales, políticas y económicas que el peronismo había implicado. Su preocupación fue la erradicación definitiva del peronismo, no ya sólo como partido sino como identidad política (SPINELLI, 2008).

Lo cierto es que ese antiperonismo que buscaba perentoriamente la desperonización de la sociedad argentina y por ende manifestaba su desprecio a todo lo que remitiera al líder depuesto en 1955 era en sí mismo un proyecto antipopular y marcaría los decenios por venir y a las frágiles presidencias democráticas (deslegitimadas en origen por la proscripción del peronismo y el exilio

de Perón) tanto como a los gobiernos militares que emergieron de los golpes de 1962 y 1966. Entre sus filas se contarían representantes de las extremas derechas tanto como de la derecha liberal. Y también entre ellas, como hemos señalado, las divergencias serían notorias desde posturas conservadoras simplistas que reducían el fenómeno a una patología social o experiencia de “sugestión colectiva” y otras que consideraba al proyecto desperonizador como una suerte de “desratización”, hasta una asimilación del peronismo a una manifestación local de un movimiento antiimperialista. Así surgieron, dentro de las derechas, sectores que propiciaban un peronismo sin Perón y obviamente dirigido por sus propios referentes. Estos sectores fueron reabriendo la brecha con los sectores liberales y conservadores y paulatinamente se fueron convirtiendo en opositores a los gobiernos de la Revolución Libertadora y a las democracias emergentes del mismo proceso (GALVAN, 2013, pp. 1-4), repitiendo un proceso que ya habían vivido tras el golpe de 1930.

Y también en este período volvieron a reconsiderar la idea de incorporar al pueblo a la arena política, desde una perspectiva disciplinadora que canalizara la participación, al mismo tiempo que debilitara la influencia de las izquierdas. Para grupos “nacionalistas” como los de la revista *Azul y Blanco*, que comandaba Sánchez Sorondo, el fantasma del comunismo seguía siendo visto como el mayor peligro que enfrentaba la nación (GALVÁN, 2014, pp. 205-224).

Al mismo tiempo, reflotarían algunos conflictos de larga data y que podrían pensarse como rasgos identitarios de la sociedad argentina. Tal es el caso de la cuestión educativa y la función del Estado en relación a ella. La llamada “Revolución Libertadora”, tras el derrocamiento de Perón, había impulsado un proyecto que establecía la posibilidad de “crear universidades libres, que estarán capacitadas para expedir diplomas y títulos habilitantes siempre que se sometan a las reglamentaciones que se dictarán oportunamente” (Decreto 6403, 1955). Dicho decreto, impulsado por el Ministro de Educación Atilio Dell’Oro Maini, un histórico representante de las derechas extremas y defensor de la supremacía católica en lo cultural y educativo, permitió observar como muchos de los planteos de la Iglesia y de las derechas de proyección católica tenían cabida en los imaginarios sociales de vastos sectores. El 23 de diciembre de 1955 se presentó el decreto que incluía la

legalización del gobierno tripartito y la autonomía universitaria, como un modo de conformar a sectores diversos. Sin embargo, no lograron evitar el conflicto y el decreto nunca se promulgó. Sería Frondizi, desarrollista, elegido democráticamente y con apoyo del voto peronista proscrito, quien volvería sobre el tema. Paradójicamente, uno de los referentes de la oposición a la ley sería el rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, hermano del presidente, a quien acusó de actuar inmoralmente, por no haber cumplido con los compromisos contraídos (Discurso Apertura ciclo lectivo, UBA, abril de 1959).

El enfrentamiento llegaría a las calles. Así, el 15 de septiembre de 1958, sesenta mil personas se congregaron frente al Congreso de la Nación, en Buenos Aires, para reclamar una ley que permitiera a la Iglesia Católica establecer centros universitarios confesionales. La llamada educación libre, convocaba a alumnos de colegios religiosos, sacerdotes, monjas, fieles, militantes de las derechas nacionalistas y representantes de los sectores dominantes del país. Cuatro días después, el 19 de septiembre, unas ciento sesenta mil personas, ocuparon el mismo espacio al grito de “¡Laica, Laica!”. Eran estudiantes universitarios Reformistas, alumnos de colegios estatales, familias de clase media y de barrios populares, profesionales, docentes, trabajadores de distintos sectores y militantes de izquierda (*La Nación*, 20 de septiembre de 1958) Se confrontaban dos sectores, por un lado la Iglesia Católica que buscaba recuperar su predominio sobre la enseñanza y la cultura, y por otro lado, un heterogéneo grupo que defendía el carácter público y estatal de la educación.

Frondizi cedió (o articuló) con los militares en muchas cuestiones. Aun así fue derrocado el 29 de marzo de 1962. Su relación con intelectuales como Rogelio Frigerio, que para los sectores más conservadores no dejaba de ser un peligro, o al menos, un riesgo, por su pasado izquierdista, tanto como el pacto con el peronismo y el resultado de las elecciones intermedias realizadas unos diez días antes del golpe de Estado que dieron el triunfo al justicialismo (peronismo) bonaerense, fueron aspectos claves para la destitución del gobierno, pues generaron una honda desconfianza en los grupos sociales que dominaban el mapa político desde la Revolución Libertadora. A ese panorama hay que sumar el impacto de la Revolución

cubana que encendió una alarma anticomunista y se convirtió en una verdadera ola de macartismo que se instaló entre la oficialidad de las Fuerzas Armadas y estrechó, aún más, los márgenes de maniobra del presidente. De hecho, la destitución de Frondizi se argumentó a partir de la acusación de comunista pero también por haber dado al peronismo la posibilidad de participar en las elecciones de medio término (HUDSON, 2014).

Arturo Illia, asumió, el 12 de octubre de 1963, con debilidades estructurales que se expresaron en el hecho de que el golpe fuera una amenaza constante durante toda su gestión. Por un lado, su partido tenía fuertes vínculos con el sector colorado de los militares, que habían sido derrotados en los enfrentamientos de 1962 y 1963, y por lo tanto, se encontraba en una relación de fuerzas desfavorable respecto de los azules, cuyo mayor exponente, Onganía, era el comandante en jefe del Ejército. Por otro, la proscripción del peronismo se había traducido en un importante caudal en votos en blanco, mientras que el triunfo de Illia había sido electoralmente muy ajustado. Para asumir el Poder Ejecutivo siendo primera minoría había tenido que recurrir a electores ajenos para imponerse. Incluso en un sentido amplio, y en términos prospectivos, las debilidades políticas de origen del gobierno de Illia y la exclusión del peronismo de la escena electoral —y por lo tanto la falta de legitimidad y consenso en los sectores populares— limitaron la concreción de su proyecto económico y contribuyeron a la desestabilización del gobierno. La “amenaza comunista” fue utilizada también como argumento contra toda movilización popular, para mantener la proscripción del peronismo y para impugnar los rasgos de estatismo y nacionalismo económico que expresaban algunas de las políticas de Arturo Illia. Así, en especial desde 1964, y en pleno auge de la Guerra Fría, el discurso anticomunista fue bastión de diversos sectores de las clases dirigentes, otorgándole distinto carácter y contenido. La negativa del gobierno para que el Ejército se hiciera cargo de la lucha anticomunista, exacerbó los ánimos en las propias Fuerzas Armadas. Así, el Contralmirante Mario Lanzarini diría:

El comunismo, que ha aprovechado toda circunstancia favorable para poder realizar su acción destructiva. El peronismo, con su intolerancia política y religiosa, su totalitarismo partidario y sindical y sus intentos de destrucción de la familia y de la Iglesia, a la par que una equivocada política internacional. El tercer factor negativo es la mentalidad estatista de aquellos que, basados en un falso nacionalismo, han logrado amplia intervención estatal en sindicatos, grandes empresas y desarrollo industrial (Mario Lanzarini, alocución del 1/04/1963, en Altamirano, 2001, pp. 300-301).

Como puede advertirse, el anticomunismo (BOHOSLAVSKY y VICENTE, 2014) articuló a diversos sectores e intereses y legitimó la voluntad de derrocar al gobierno, evitar la llegada al poder del peronismo e instalar una dictadura cuyo líder fuera justamente Onganía, quien encabezaría desde el golpe de Estado de junio de 1966, un proceso de “modernización autoritaria” basado en la concentración y extranjerización de la economía (MÍGUEZ, 2013, pp. 71-72). La política económica de la llamada Revolución Argentina, evidencia que aspectos del proyecto económico de Illia causaban malestar en los sectores dominantes, por ejemplo el impulso a la demanda interna a través del gasto público y los diversos mecanismos de distribución del ingreso, la regulación del mercado farmacéutico, la Ley de Salario Mínimo, Vital y Móvil, la política de precios máximos y el control de cambios, sus rasgos de estatismo y nacionalismo económico expresados en el ámbito interno e internacional. Todas esas críticas fueron sostenidas a la vez que disimuladas por una campaña de la prensa que insistía en la ineficiencia del presidente (TARONCHER, 2009, MAZZEI, 1997).

Ante una sociedad movilizada y cuestionadora

Cómo podemos ver, la extrema derecha mantuvo buena parte de sus posicionamientos históricos y su ambigua relación con la derecha liberal, a la que cuestionaba pero con la cual colaboraba en los golpes de Estado, en los gobiernos emergentes y en las políticas represivas. En algún sentido, compensó su debilidad frente a la derecha liberal conservadora, denunciando las ambigüedades de esta y haciendo frente a las transformaciones sociales que comenzaron a ser notorias en

los años sesenta y radicalizando sus postulados antisemitas y anticomunistas. Ante una sociedad en movimiento, que, aunque modestamente, comenzaba a romper con los mandatos morales (COSSE, 2010), y veía como se politizaban sus jóvenes, ya sea hacia perspectivas izquierdistas inspiradas en la revolución cubana o en la masiva peronización de los hijos de la clase media (SPINELLI, 2013), esta derecha encontró un espacio claro donde evidenciar la urgente necesidad de encarar la defensa de la familia, de los valores tradicionales, del catolicismo y la estructura patriarcal. Y desde allí intentó convocar a la ofensiva contra el heterogéneo grupo de jóvenes que se oponían al Estado, al *establishment* y a la cultura imperante, señalando la peligrosidad de un movimiento que -a partir del No a la Guerra de Vietnam y con la consigna de “Paz y Amor”- se expandía como una revolución juvenil occidental, pero con características propias en cada contexto (KRIEGUER, 2014, p. 585). Esa juventud, en América Latina, y por razones socio-económicas, se vio menos atraída por el *hipismo* que por formas de expresión más radicalizadas, que lograban integrar las consignas de “amor y revolución” a la lucha armada revolucionaria contra el Estado capitalista y el imperialismo. No obstante, en Buenos Aires y en algunas ciudades de la costa atlántica y a pesar de que el *hipismo* no era muy numeroso, hubo políticas represivas llevadas adelante por el Estado (las conocidas razzias, cortes de pelo, palizas, etc) y por agrupaciones derechistas parapoliciales como la Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas (FAEDA) que en su ensañamiento contra los *hippies* y *rockeros* mostraba la centralidad de sus preocupaciones morales, su carácter represivo y también su debilidades en las lecturas políticas, puesto que como denunciaron en una conferencia de prensa concebían a los hippies como engranajes de un plan mundial diabólico, orquestado por el comunismo (*Primera Plana*, 8 de febrero de 1968, pp. 39-43), en tanto que los hippies argentinos que se hacían llamar Náufragos insistían en propiciar “que el hombre se lance a la acción creadora de sí mismo, que aprenda a amarse, a no tenerle miedo a las estrellas; que escuche el canto de la vida, porque en todo corazón existe una melodía natural, una fuente oscura” (Manifiesto, 1967, en *Primera Plana*, 8 de febrero de 1968, p. 39). Como señaló John King, hace ya varias décadas, la represión a los jóvenes no politizados ha pasado desapercibida frente a la

desmesurada persecución que vivieron los que definían su identidad en la militancia (1985).

Por su parte, los grupos politizados, que habían precisado con claridad que sus enemigos eran la burguesía explotadora y los agentes represivos del Estado, (Carnovale, 2011) vieron cómo se articulaban diferentes sectores y agrupaciones para combatirlos. Las fuerzas de seguridad, los grupos parapoliciales de derecha y hasta el surgimiento de una ortodoxia peronista, también llamada derecha peronista, que se opondría al proyecto socialista de los jóvenes peronistas radicalizados (CARNAGUI, 2010, pp. 1135-1154).

Los enfrentamientos entre la “derecha” y la “izquierda” peronista han ocupado buena parte de la atención de quienes estudian el período de recuperación democrática en 1973, prestando atención al campo de las derechas (BESOKY, 2016; LADEUIX, 2012). Sin embargo, la extrema derecha nacionalista no ha desaparecido del escenario y tenía sus propias batallas y sus propias elaboraciones.

Cámpora, Perón y el golpe de Estado desde la perspectiva de la derecha radicalizada de tradición hispano católica

El 11 de marzo de 1973 se realizaron las elecciones que representaban la vuelta de la institucionalidad democrática a la Argentina y el retorno del peronismo al juego electoral, aunque Perón permanecía proscripto. El triunfo electoral correspondió al FREJULI (Frente Justicialista para la Liberación) con la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima, quienes asumirían la presidencia el 25 de mayo del mismo año ante una impresionante movilización popular y una fuerte algarabía de los sectores juveniles encuadrados en la tendencia izquierdista del peronismo.⁵ A las pocas horas de asumir el nuevo presidente, multitudes (se estiman entre 30000 y 50000 personas) se dirigieron a la cárcel de Devoto para reclamar la inmediata liberación de los presos políticos. A la medianoche, Cámpora firmaría el

⁵ El triunfo de Cámpora (delegado y candidato elegido por Perón) pareció consagrar la creciente influencia política del ala radical del peronismo, ya hegemonizada por Montoneros, conocida como la “Tendencia revolucionaria”, cuyo protagonismo en la campaña electoral había sido indiscutible (BARLETTA y CERNADAS, 2006, pp. 7-8).

decreto y a los pocos días el Congreso decretaría la amnistía. (FONTE, 2014, pp. 175-187). La movilización por el pedido de la libertad de los presos políticos fue duramente reprimida, provocándose algunas muertes, incluso. Ese acto del primer día de gobierno de Cámpora mostraría el clima que se viviría de ahí en más y se agudizaría en el período que le siguió con el regreso de Perón, la ruptura de éste con los jóvenes de la izquierda peronistas y luego con la asunción de Isabel perón tras la muerte del líder el 1 de julio de 1974 (TOCHO, 2014, p. 17).

Todos esos procesos alimentaron el crecimiento de la derecha peronista pero también el resurgimiento de las derechas nacionalistas de raigambre católica. Estas corrientes, que se declaraban herederas de la vieja tradición nacionalista antidemocrática y reivindicaban a los militares asesinados por las organizaciones armadas de izquierda, decían representar la “voz sana de la patria enferma” y se mostraban dispuestas a enfrentar al enemigo interno que había llevado al país a un momento límite de su historia. Sin distinguir entre el ala derecha e izquierda del peronismo y sumando a otras fuerzas políticas e ideologías, sostenían que el desborde era el resultado inevitable de la democracia, puesto que quienes destruían al país habían nacido al “calor húmedo y pegajoso de la democracia Universal”. Y como sus ancestros, de las décadas del veinte y del treinta, entendían que esa democracia era sensualismo desenfrenado, impudicia, egoísmo y corrupción (*Restauración* 1, junio de 1975, p. 3). Antidemocráticos extremos, anti comunistas, antiperonistas y antisemitas, rengaban de la proletarización de la Argentina, entendida ésta como una decadencia moral, intelectual y cultural en la que sólo había lugar para asalariados manipulables y gestores de desorden y del irrespeto a las jerarquías. La decadencia era total y se expresaba por el triunfo del número por sobre la inteligencia (*Restauración* 2, julio 1975, p. 3). Destinados a superar la disolución y el enervamiento, se presentaban como los únicos capacitados para devolverle la grandeza a la Argentina (Cabildo 1, mayo de 1973, p. 1).

Como en etapas anteriores, la extrema derecha argentina expresaba, en este ciclo tan convulsionado, su irritación por su lejanía del poder y mostraba su repulsión hacia la “oligarquía liberal” (a la que concebía como traidora a la patria) y de todas las expresiones populares/populistas. No era menor su rechazo del parlamentarismo

y de las miserias humanas que decoraban a la democracia y a sus dirigentes: codicia, cobardía, vanidad, hipocresía (*Restauración* 2, julio 1975, p. 17) sin dejar de subrayar la matriz corrupta de la democracia (*Restauración* 6, diciembre de 1975, p. 1). Es decir, cuestionaban los valores liberales, a los que consideraban atados a su avaricia pero también y ferozmente al peronismo que venían a coronar un proceso de desintegración con esa “irresistible atracción por las cosas inferiores, sucias y deshonestas”. De tal modo, el peronismo no era más que un epifenómeno inevitable ante tantas décadas de caos, y como tal, era la expresión del peor gusto, de la más profunda ignorancia y de la voracidad de los que siempre miraron desde abajo (Esteva, *Cabildo* 1, 2º época, agosto 1976, p. 10).

Como era previsible, entendían que la salida era un nuevo golpe de Estado. Sin embargo, daban un giro interesante a las premisas habituales y manifestaban que no se trataba de destituir al gobierno para mantener al “Régimen” con otro formato y reproducir la relación dialéctica de golpes de Estado y democracias sin que nada cambiase. Por lo tanto, llamaban a realizar una “Cruzada” que actuara en defensa de lo permanente y permitiera a la espada ceñir la tierra y el campo e instaurar una Patria que, inexorablemente, debería ser Católica, Nacionalista y Jerárquica (*Restauración* 2, julio de 1975, p. 18). Es decir, el golpe de Estado debía desarrollar e imponer una revolución nacionalista y católica que arrasara con el orden burgués y el caos marxista y peronista (*Restauración* 2, julio de 1975, p. 20).

En el mismo sentido, la Revista *Cabildo*, al volver a editarse tras el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976,⁶ expresaba que dicha asonada militar era la más necesaria y esperada de las seis que se habían producido en el siglo XX, pero que pasados unos meses comenzaba a mostrar la misma indecisión de las otras y no se decidía a encarar la revolución que el país requería. Los militares que habían asumido el poder parecían limitados a realizar una tarea “higienizadora” y no la restauración profunda que los nacionalistas esperaban (Curuchet, *Cabildo*, 2º época 1, agosto 1976, p. 3). En ese sentido, la presencia de referentes liberales y la dependencia del

⁶ *Cabildo* había sido clausurada en febrero de 1975. Sus editores habían migrado hacia *El Fortín*, que corrió la misma suerte y recaló luego en *Restauración*. Sobre estas publicaciones nacionalistas puede verse ORBE, (2012, pp. 41-66) y Saborido (2005).

capital financiero internacional era una clara señal del desplazamiento de los sectores nacionalistas (*Cabildo*, 2 época 1, agosto 1976, p. 10). Pero además, entendían que no se estaba haciendo lo suficiente para aniquilar al marxismo y al peronismo y el deshonor que ellos implicaban y que habían arrastrado al país a compartir el destino con las tribus africanas o las factorías bolcheviques (*Cabildo* 18, 2º época, septiembre de 1978, p. 16).

Andrés Avellaneda sostiene que tanto el golpe argentino de 1930 como el de 1976 se construyeron sobre una totalización de la violencia “en la vida social y en la individual, en la reflexión, en los afectos, en la actividad económica, en la práctica espiritual” (1989, p. 13). La ideología autoritaria del último régimen no se ciñó en Argentina al control y desaparición de personas, sino que intervino la cultura y la educación, considerándolas territorios primordiales de lucha. Los canales marginales de producción ideológica fueron interceptados o eliminados (universidad, editoriales, prensa opositora, partidos políticos, etc.) y hubo un fuerte esfuerzo institucional por imponer un nuevo sistema de valores nacionales. El estilo de vida argentino propugnado por la dictadura estuvo basado (AVELLANEDA, 1989, pp.14-15) en dos ejes: la moral del cristianismo católico y el respeto a la propiedad privada. Lo inmoral, por su parte, abarcaba tres zonas: la obscenidad, el cuestionamiento de la familia (OSUNA, 2016, pp. 1-17) y el ataque a la Iglesia o a la seguridad nacional. En su tarea de depuración ética, la Junta consideró necesaria la intervención de clases dirigentes, escogidas de entre las élites aptas para gobernar a las masas. Este mesianismo fue acompañado de la idea de una grandeza original perdida, de una Edad de Oro argentina, destruida por el laicismo liberal y la democracia. En algunos casos, el mesianismo derivó en una fantasía de omnipotencia divina, no exenta de cinismo (MARTÍNEZ CABRERA, 2012, p. 110).

Por su parte, Crenzel entiende que la práctica sistemática de las desapariciones a partir del golpe de Estado de marzo de 1976, supuso dos cambios radicales con respecto a los grados y formas que había asumido la intensa violencia política que experimentó Argentina durante el siglo XX. En primer lugar, a diferencia de la represión contra opositores políticos o militantes sindicales del pasado, las desapariciones objetivaron el desenvolvimiento desde el Estado de una decisión de

exterminio. En segundo lugar, comportaron la emergencia de una forma novedosa de la muerte por causas políticas, su práctica clandestina. Estas particularidades, diferenciaron al caso argentino, incluso, del resto de las dictaduras que, en los años setenta, se establecieron en los países de la región (2007, p. 160). No obstante, entendemos que la ferocidad de la represión no puede comprenderse sin tener en cuenta las experiencias previas y las nociones culturales despectivas y revanchistas instaladas en los imaginarios sociales argentinos a lo largo del siglo XX y los sucesivos quiebres de la institucionalidad democrática.⁷

Por otro lado, si bien la Jerarquía católica siempre acompañó los golpes de Estado, en la última experiencia dictatorial y extremadamente represiva, la Iglesia no sólo legitimaría el accionar militar sino que lo convertiría en un hecho trascendente, una “guerra justa” y justificaría en Dios la necesidad de torturar y matar (BILBAO & LEDE, 2016, p. 105). Esto es una indicación más de cuán extendida y normalizada estaba la idea de que el otro era un enemigo que podía (y debía) aniquilarse.

Algunas reflexiones finales

A partir de esta caracterización general, atendiendo a la fuerte y omnipresente disposición antipopular de las derechas de la Argentina del siglo XX y sin descuidar a los objetivos plurales (tanto los explícitos como los silenciados y, los más o menos, subliminalmente formulados) que confluyeron en cada golpe de Estado producido en el siglo XX argentino, entendemos que es necesario reflexionar sobre los postulados y prácticas violentas que desplegó la derecha en Argentina (tanto en su versión liberal como en las tendencias extremas, siendo éstas más explícitamente irascibles) y que van desde la temprana aplicación de la tortura, los asesinatos, los fusilamientos y las desapariciones, que nos permiten pensar que uno de sus rasgos identitarios fue (y es) la inclinación a la agresión, a la destrucción y con ello también a la crueldad, según la terminología de Freud, en *El malestar en la cultura* ([1930]1996:3051-3052). Con el propio Freud, nos preguntamos si ese otro, que son

⁷ Sobre la historiografía de la última dictadura se sugiere ver Aguila (2008).

los sectores populares, representan para las derechas elitistas y jerárquicas, entre otras cosas, un motivo de tentación para satisfacer sus pulsiones agresivas, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para humillarlo, ocasionarle sufrimientos, martirizarlo o incluso matarlo (ídem, p. 3046).

La voluntad destructiva, obtiene una satisfacción que acompaña un placer narcisista, pues ofrece al yo la realización de sus más arcaicos deseos de omnipotencia (Freud, [1930]1996:3052), al mismo tiempo, si ese individuo recibe una provocación, o así vive determinadas conductas ajenas, acusa recibo de la distancia entre su yo y su Ideal del yo y reaccionará con todo el odio que surge de su frustración y con la violencia del terror que le inspira el semejante con su propia división subjetiva, cuando lo que busca es una unidad autogenerada y autosuficiente, para evitar el sufrimiento, la indefensión y el desamparo (BEREZIN, 2003, p. 4).

Es decir el desprecio violento que han manifestado las derechas argentinas hacia los sectores populares, buscan una separación radical de ese otro que le marca sus limitaciones y se ilusiona con que su destrucción le permitirá alcanzar la omnipotencia fantaseada. Sin embargo, ese otro, en su “debilidad” era, en sí mismo, el elemento identitario que los ayudaba a constituirse como el opuesto positivo de lo excluido, lo que evidenciaba su supuesta superioridad. Como señala Hassoun, quien asume la posición del odio “es aquel que se considera el único perfecto, todos los demás son deshechos que él tiene que ignorar o eliminar. Todo odio es odio de la diferencia y es, en sí mismo, una fuente de segregación y por lo tanto requiere de un accionar político e ideológico (1999).

La detracción — radicalizada — de lo popular y su cultura y la violencia simbólica y material que de ella se derivaba, tenía sin duda, un objetivo político que implicaba la negación de toda posibilidad de que el pueblo se convirtiese en sujeto político y es allí donde los intereses contrapuestos cobran su total dimensión. Sin embargo, no terminaban allí las razones del encono, sino que en última instancia respondían a comportamientos psíquicos profundos y rasgos identitarios indispensables para la propia sobrevivencia y cumplimiento de sus objetivos como colectivo social e ideológico que se consideraba superior. En ese sentido, es necesario recordar que la cuestión del pueblo, de la cultura popular, es casi siempre

un discurso pronunciado sobre el pueblo, hacia el pueblo tanto como hacia otros sectores sociales, por personas instruidas. Por lo tanto, se trata de un discurso que pone a quien lo enuncia en una curiosa situación: habla para evidenciar el alejamiento de un sujeto que su misma palabra ha separado (BOLLÈME, 1990, p. 66).

Como decíamos, ese rasgo segregacionista, es común a todas las tendencias de derechas. Sin embargo, hay otros aspectos que marcan diferencias, una de ellas es la consideración del rol del Estado. Para la derecha liberal, el estatismo es uno de los grandes males de la Argentina, en tanto que la derecha de proyección nacionalista y católica sostiene lo contrario, aunque es habitualmente crítica a las formas de intervención del Estado realmente existente en Argentina.

Lo cierto es que las diferentes variantes de las derechas parten de considerar que la historia contemporánea argentina es la historia de un fracaso. Ahora bien, ¿cuál habría sido esa experiencia decepcionante que llevó a que los idearios de grandeza, sin terminar nunca de morir, construyeran su propio opuesto y se acostumbraran a transcurrir en un entramado “bipolar”? Entendemos que la decadencia del modelo económico agroexportador y la crisis de la hegemonía imperante durante su desarrollo, implicó la decepción y frustración de la clase que había conducido — y se había beneficiado — de ese proceso político, social y económico. El sentimiento de fracaso que invadió a los sectores dirigentes los llevó a cerrarse sobre sí mismos y a buscar las razones externas — exculpatorias — de esa situación, en buena medida, inesperada y dramática que juzgaban injusta. Así, encontrando al responsable en los sectores populares y en la democracia, comenzaron a mirar sus presentes como un infortunio que se extendía también al futuro del país.

Bibliografía citada

AGUILA, G. La dictadura militar argentina: interpretaciones, problemas y debates. *Páginas*. UNR, 2008.

ALTAMIRANO, Carlos. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel, 2001.

AVELLANEDA, A. Argentina militar: los discursos del silencio. In: KOHUT, K. & PAGNI, A. (Eds.). *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Frankfurt/Main: Vervuert Verlag, 1989, pp. 13-30.

BARLETTA, A. & CERNADAS, J. Argentina, 1973-1976: de la “democracia integrada” al terrorismo de estado. *Revista matériaux pour l'histoire de notre temps*, n. 6, 2006.

BEREZIN, A. La crueldad: un recorrido. *Revista Topía*, n. 38, ago. 2003.

BESOKY, J. L. En la patria de Perón, ni judío ni masón. Aproximaciones a la cultura política de la derecha peronista en los años setenta. *Revista de Historia*, v. 5. Unesp, 2016, pp. 199-223.

BILBAO, L. & LEDE, A. *Profeta del Genocidio*. Buenos Aires, Sudamericana, 2016.

BOHOSLAVSKY, E. *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Prometeo, 2008.

_____. & Vicente, M. Sino el espanto. Temas, prácticas y alianzas de los anticomunismos de derecha en Argentina entre 1955 y 1966. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n. 14, 2014.

BOLLÉME, G. *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo "popular"*. México: Grijalbo/CNCA. 1990.

BOTANA, N. *El orden conservador*. Buenos Aires: Sudamericana, 1994.

BUCHRUCKER. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis mundial, 1927-1955*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.

CARNAGUI. La construcción de un sentido común sobre la “derecha peronista” de los años 70, *Antítesis*. Londrina, 2010.

CARNOVALE, V. *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

CARRARUZZA, A. *Historia de la Argentina, 1916-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

COSSE, I. Una revolución discreta. El nuevo paradigma sexual en Buenos Aires (1960-1975). *Revista Secuencias*. México DF, 2010.

CRENZEL, E. Dictadura y desapariciones en Argentina: Memoria, conocimiento y reconocimiento del crimen. *Intersticios*, 1 (2), 2007.

DEVOTO. *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

ECHEVERRÍA, O. *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2009.

_____. Los intelectuales antidemocráticos frente a lo popular. Argentina, primera mitad del siglo XX. *Revista Historia y Espacio*, 40, 2013.

FIORUCCI. El antiperonismo intelectual: de la guerra ideológica a la guerra espiritual. Paper prepared for delivery at the 2001 meeting of the Latin American Studies Association. Washington DC, sep. 2001, pp. 6-8.

FONTE, M. Del Perón vuelve al día que perón Volvió. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual* 6, 2014.

FREUD, S. *El malestar en la cultura* (1930). O. C., T. 3. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996.

GALVÁN, M. V. Influencias de la Guerra Fría en el discurso nacionalista argentino. El retrato de los conflictos internacionales en el semanario nacionalista Azul y Blanco. *OPSIS*, v. 14, 2014.

_____. Transformaciones del nacionalismo de derecha durante la larga década del sesenta: el semanario Azul y Blanco en el posperonismo. *Question*, v. 1, 2013.

HASSOUN, J. *El oscuro objeto del odio*. Buenos Aires: Editorial Catálogos, 1999.

HERRERO, A. La "república posible" y sus problemas en Argentina. Normalistas e industriales debaten el plan educativo alberdiano de las dos gestiones presidenciales de Julio Argentino Roca (1880–1886 y 1898–1901). *Secuencia*, 80, 2011.

HUDSON, Carlos. Desde la verdad revelada al llano. La lectura de La Prensa sobre la crisis final del gobierno de Arturo Frondizi. *Cuadernos de H Ideas*, v. 8, n. 8, 2014.

KING, J. *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*. Buenos Aires: Ediciones de Arte Gaglianone, 1985.

KOZEL, A. *La Argentina como desilusión*. México: Nostromo, 2008.

KRIEGER, M. Politización juvenil en las naciones contemporáneas. El caso argentino. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, v. 12, n. 2, 2014.

LADEUIX, J. I. Los últimos soldados de Perón: Reflexiones en torno a la violencia paraestatal y la derecha peronista a través de una experiencia local 1973-1976. In: BOHOSLAVSKY, Ernesto & ECHEVERRÍA, Olga (Orgs.). *Las Derechas en el Conos Sur, Siglo XX. Actas del Segundo Taller de Discusión*. Tandil: Secretaria de Investigación FCH-IEHS/UNICEN, 2012.

LVOVICH, D. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945* (Buenos Aires, Javier Vergara, 2003).

MARTÍNEZ CABRERA, E. Hablar al hueco: silencio y memoria en la última dictadura argentina. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 6, 2012, pp. 105-122.

MAZZEI, D. *Los medios de comunicación y el golpismo. La caída de Illia, 1966*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, 1997.

MCGEE DEUTSCH, S. *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*. University of Nebraska, 1986.

_____. *Las derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford University Press, 1, 1999.

MÍGUEZ, M. C. ¿Anticomunistas, antiperonistas, antiestatistas? La Doctrina de Seguridad Nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de estado de 1966. *Revista S.A.A.P* (Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político), v. 7. Buenos Aires: Lugar, 2013, pp. 65-95.

MORRESI, S. Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983). In: BOHOSLAVSKY, Ernesto (Org.). *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

NALLIM, J. *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014.

ORBE. Cruzada nacionalista y periodismo: la revista "Cabildo" ante el escenario mediático argentino (1973-1976) *ALPHA*, n. 35, dec. 2012, pp. 41-66.

OSUNA, M. F. Los actores católicos relacionados con la Secretaría del Menor y la Familia durante la última dictadura: ¿Cómo pensar los límites entre el Estado y la sociedad? *Trayectorias intelectuales en el Estado*. Actas de discusión, Los Polvorines, 2016. pp. 1-17.

POTASH, R. *El ejército y la política en la Argentina (I)*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.

SABORIDO, J. El nacionalismo católico durante los años de plomo: la revista Cabildo y el Proceso de Reorganización Nacional. *Anuario de Estudios Americanos*. Sevilla, v. LXI, 2005.

SPINELLI, M. E. *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955–1973)*, Buenos Aires: Sudamericana, 2013.

_____. La desperonización. Una estrategia política de amplio alcance (1955-1958), 2008. Disponible en: <<http://historiapolitica.com/biblioteca>>.

TARONCHER, M. *La caída de Illia*. Javier Vergara Ed., 2009.

TATO. Nacionalistas y conservadores, entre Yrigoyen y la “década infame”. In: BERTONI, L. & DE PRIVITELLIO, L. *Conflictos en Democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

TOCHO, F. Los otros "setenta": un recorrido por la experiencia de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en la gobernación bonaerense (1973-1974). *Aletheia* (Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FaHCE), 2014.

Fuentes citadas

Cabildo.

Criterio

Decreto Presidencial 6403, 1955.

Diario *La Nación*

Discurso contralmirante Mario Lanzarini, alocución del 1.4.1963.

FRONDIZI, Rissieri. *Discurso Apertura ciclo lectivo*. UBA, abr 1959.

IBARGUREN, C. *La historia que he vivido*. Buenos Aires: Peuser, 1955.

IRAZUSTA, J. *Perón y la crisis argentina*. Buenos Aires: La voz del Plata, 1956.

La Fronda.

La Nueva República.

Primera Plana, 1968.

Restauración.